

DÍA 4

LA CONFESIÓN HONESTA



La confesión de los pecados siempre ha caracterizado a un reavivamiento auténtico. La confesión abre el corazón y allana el camino para el poderoso derramamiento del Espíritu de Dios. Si las avenidas del alma están obstruidas por el pecado, el Espíritu no puede fluir a través de nosotros para impactar al mundo. El pecado no confesado se convierte en un estorbo para todo lo que Dios desea hacer mediante su iglesia. El

sabio declara: “El que encubre sus pecados no prosperará; mas el que los confiesa y se aparta alcanzará misericordia” (Prov. 28:13). No “prosperaremos” espiritualmente a menos que seamos honestos con nosotros mismos y con Dios. El pecado no confesado es el cáncer del alma. Antes de que el Espíritu Santo nos llene y nos dé poder, nos convence y nos instruye. A menos que confesemos los pecados que el Espíritu Santo nos señala, nuestro

corazón se volverá infecundo. Si rehusamos escuchar la voz de la convicción, nunca recibiremos el derramamiento del Espíritu Santo con el poder de la lluvia tardía.

Cuando los discípulos se reunieron en el aposento alto, buscando fervientemente a Dios en oración, comprendieron con claridad la necesidad de confesar honestamente sus pecados a Dios y unos a otros cuando era necesario. “Después de la ascensión de

Los ricos tesoros del cielo fueron derramados sobre ellos después de escudriñar diligentemente sus corazones y sacrificar todo ídolo.

Cristo, el Espíritu Santo no descendió inmediatamente. Pasaron diez días antes de que el Espíritu Santo fuera derramado. Los discípulos dedicaron ese tiempo a prepararse con mucho fervor a fin de recibir tan precioso don. Los ricos tesoros del cielo fueron derramados sobre ellos después de escudriñar diligentemente sus corazones y sacrificar todo ídolo.

Si los propios discípulos de Cristo necesitaban preparar el corazón para la lluvia temprana a fin de iniciar la proclamación evangélica con el poder pentecostal, cuánto más necesitamos nosotros preparar nuestro corazón hoy en la hora final y culminante de la tierra.

Estaban ante Dios para humillar sus almas, fortalecer su fe y confesar sus pecados” (*Cada día con Dios*, p. 10). Antes del derramamiento del Espíritu Santo, se necesitó una obra de preparación. “Mientras los discípulos esperaban el cumplimiento de la promesa, humillaron sus corazones con verdadero arrepentimiento, y confesaron su incredulidad” (*Los hechos de los apóstoles*, p. 29). Si los propios discípulos de Cristo necesitaban preparar el corazón para la lluvia temprana a fin de iniciar la proclamación evangélica con el poder pentecostal, cuánto más necesitamos nosotros preparar nuestro corazón hoy en la hora final y culminante de la tierra. Si el pecado obstaculizaba el camino del poderoso derramamiento del Espíritu Santo en aquel entonces, por cierto hará lo mismo ahora. Si la confesión preparó sus corazones para recibir al Espíritu Santo, preparará nuestro corazón también.

LA CONFESIÓN DE PECADOS ESPECÍFICOS

El servicio del Santuario en el Antiguo Testamento brinda una lección vital sobre la naturaleza de la confesión. Cuando un israelita percibía la culpa de su pecado y llevaba su ofrenda al Santuario, Levítico capítulo 5 describe lo que ocurría a continuación. “Cuando pecare en alguna de estas cosas, confesará aquello en que pecó” (Lev. 5:5). La confesión siempre era muy específica. El pecador que llevaba el cordero colocaba sus

manos sobre la cabeza del sacrificio y confesaba la manera definida en que había pecado. Al comentar sobre la importancia de la confesión, Elena de White afirma: “La verdadera confesión es siempre de carácter específico y reconoce pecados particulares. Pueden ser de tal naturaleza que solo deban presentarse delante de Dios; pueden ser agravios que deban confesarse individualmente a los que hayan sufrido daño por ellos; o pueden ser de un carácter público y, en ese caso, deberán confesarse públicamente. Toda confesión debería ser definida y al punto, reconociendo los mismos pecados de que seas culpable” (*El camino a Cristo*, pp. 37, 38).

¿Ha albergado pensamientos de crítica? ¿Ha pronunciado palabras hirientes? ¿Ha sido impaciente y descortés? ¿Ha sido descuidado al guardar el sábado o infiel al devolver el diezmo? El pecado obstruye las arterias de nuestro corazón espiritual. Corroe las avenidas del alma. Bloquea la bendición que Dios anhela derramar a través de

El pecado obstruye las arterias de nuestro corazón espiritual. Corroe las avenidas del alma. Bloquea la bendición que Dios anhela derramar a través de nosotros.

nosotros. La respuesta es la confesión. Al postrarnos ante nuestro Dios perdonador y misericordioso y confesar los pecados específicos de los que el Espíritu Santo nos convence, recibiremos el perdón y la liberación de la culpa. Esto nos lleva a tres preguntas de suma importancia. ¿Cuándo debiéramos pedirle perdón a alguien que hemos agraviado? ¿Cuándo es apropiado confesar públicamente nuestros pecados?

LA CONFESIÓN A DIOS Y A LOS DEMÁS

¿Cuándo debiéramos confesar nuestros pecados únicamente a Dios? El apóstol Pablo anhelaba tener “siempre una conciencia sin ofensa ante Dios y ante los hombres” (Hech. 24:16). Podemos tener una conciencia limpia cuando confesamos nuestros pecados a Dios. Si después de habernos confesado ante Dios nuestra sensación de culpa todavía persiste, quizá tengamos que hacernos esta pregunta. ¿Perjudiqué o lastimé a alguien de alguna manera, puesto que el Espíritu Santo me está guiando a pedirle perdón? Si hemos discutido con otra persona o nos impacientamos o enojamos con ella, el Espíritu Santo nos convence de que le pidamos perdón. Este es un principio de suma importancia para determinar si usted debiera pedirle perdón a otra persona. Usted arregla la porción de la verja que está rota. Si sus actos han provocado un distanciamiento en una relación con otra persona,

Usted arregla la porción de la verja que está rota.

el hecho de pedirle perdón puede reparar el cerco roto en la relación y dar testimonio del poder de la gracia de Dios que obra en su vida. Si pronunció palabras desagradables acerca de alguien, arregle el cerco donde esté roto. Acérquese a la persona a la que le habló e intente reparar el daño que causó en la reputación de otro.

¿Cuándo es apropiada la confesión pública? Solo cuando los pecados que usted cometió son públicos. Si usted ha renegado

de su compromiso con Cristo y ha deshonrado públicamente el nombre de Cristo y de su iglesia, a veces es apropiada la confesión pública. Aunque, por supuesto, no es necesario y extremadamente desaconsejable entrar en todos los detalles escabrosos del pecado, un testimonio de la gracia de Dios y de nuestra tristeza por defraudarlo trae sanidad a nuestro corazón y a la iglesia.

Jesús todavía es el Salvador perdonador. Todavía nos limpia de la culpa y la vergüenza del pecado. Cuando vamos a él y le confesamos honestamente nuestros pecados, nuestro corazón está preparado para recibir la presencia de su Espíritu Santo. Para facilitar la mo-



rada del Espíritu Santo en su vida, lea en oración la siguiente serie de preguntas:

1. ¿Hay algo en mi vida que me impide recibir el derramamiento del Espíritu Santo?
2. ¿Hay algún pecado acechando en lo profundo de mi ser que todavía no he confesado ni abandonado?
3. ¿Hay alguien a quien haya herido u ofendido al que debiera pedirle perdón?
4. ¿He aceptado plenamente el perdón de Dios o todavía albergo sentimientos de culpa innecesariamente?
5. ¿Confío plenamente en que Jesús perdona mis pecados?

SECCIÓN 2

Reflexionemos en el consejo divino

Lea atentamente la porción que sigue de *Los hechos de los apóstoles*, páginas 31-37.

Sobre los discípulos que esperaban y oraban vino el Espíritu con una plenitud que alcanzó a todo corazón. El Ser Infinito se reveló con poder a su iglesia. Era como si durante siglos esta influencia hubiera estado restringida, y ahora el Cielo se regocijara en poder derramar sobre la iglesia las riquezas de la gracia del Espíritu. Y bajo la influencia del Espíritu, las palabras de arrepentimiento y confesión se mezclaban con cantos de alabanza por el perdón de los pecados. Se

Esta diversidad de idiomas hubiera representado un gran obstáculo para la proclamación del evangelio; por lo tanto, Dios suplió de una manera milagrosa la deficiencia de los apóstoles.

oían palabras de agradecimiento y de profecía. Todo el Cielo se inclinó para contemplar y adorar la sabiduría del incomparable e incomprensible amor. Extasiados de asombro, los apóstoles exclamaron: “En esto consiste el amor”. Se asieron del don impartido. ¿Y qué siguió? La espada del Espíritu, recién afilada con el poder y bañada en los rayos del cielo, se abrió paso a través de la incredulidad. Miles se convirtieron en un día.

“Es necesario que yo vaya —había dicho Cristo a sus discípulos—; porque si yo no fuese, el Consolador no vendría a ustedes; pero si yo fuere, lo enviaré... Pero cuando viniere aquel Espíritu de verdad, él los guiará a toda verdad; porque no hablará de sí mismo, sino que hablará todo lo que oyere, y les hará saber las cosas que han de venir” (Juan 16:7, 13).

La ascensión de Cristo al cielo fue la señal de que sus seguidores iban a recibir la bendición prometida. Habían de esperarla antes de empezar a hacer su obra. Cuando Cristo entró por los portales celestiales, fue entronizado en medio de la adoración de los ángeles. Tan pronto como esta ceremonia hubo terminado, el Espíritu Santo descendió sobre los discípulos en abundantes raudales, y Cristo fue

de veras glorificado con la misma gloria que había tenido con el Padre, desde toda la eternidad. El derramamiento pentecostal era la comunicación del Cielo de que el Redentor había iniciado su ministerio celestial. De acuerdo con su promesa, había enviado el Espíritu Santo del cielo a sus seguidores como prueba de que, como sacerdote y rey, había recibido toda autoridad en el cielo y en la tierra, y era el Ungido sobre su pueblo.

“Y se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, que se asentó sobre cada uno de ellos. Y fueron todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en otras lenguas, como el Espíritu les daba que hablasen”. El Espíritu Santo, asumiendo la forma de lenguas de fuego, descansó sobre los que estaban congregados. Esto era un emblema del don entonces concedido a los discípulos, que los habilitaba para hablar con facilidad idiomas antes desconocidos para ellos. La apariencia de fuego significaba el celo ferviente con que los apóstoles iban a trabajar, y el poder que iba a acompañar su obra.

“Moraban entonces en Jerusalén judíos, varones religiosos, de todas las naciones debajo del cielo”. Durante la dispersión, los judíos habían sido esparcidos a

casi todos los lugares del mundo habitado, y en su destierro habían aprendido a hablar varios idiomas. Muchos de estos judíos estaban en esta ocasión en Jerusalén, asistiendo a las festividades religiosas que se celebraban. Toda lengua conocida estaba representada por la multitud reunida. Esta diversidad de idiomas hubiera repre-

sentado un gran obstáculo para la proclamación del evangelio; por lo tanto, Dios suplió de una manera milagrosa la deficiencia de los apóstoles. El Espíritu Santo hizo por ellos lo que los discípulos no hubieran podido llevar a cabo en todo el curso de su vida. Ellos podían ahora proclamar las verdades del evangelio extensamente, pues

hablaban con corrección los idiomas de aquellos por quienes trabajaban. Este don milagroso era una evidencia poderosa para el mundo de que la comisión de ellos llevaba el sello del cielo. Desde entonces en adelante, el habla de los discípulos fue pura, sencilla y correcta, ya hablaran en su idioma nativo o en idioma extranjero.

“Y hecho este estruendo, se juntó la multitud; y estaban confusos, porque cada uno les oía hablar su propia lengua. Y estaban atónitos y maravillados, diciendo: He aquí ¿no son galileos todos estos que hablan? ¿Cómo, pues, les oímos nosotros hablar cada uno en nuestra lengua en que somos nacidos?” Los sacerdotes y gobernantes se enfurecieron grandemente al ver esta manifestación maravillosa, pero no se atrevían a ceder a su malicia, por temor a exponerse a la violencia del pueblo. Habían dado muerte al Nazareno; pero allí estaban sus siervos, hombres indoctos de Galilea, contando en todos los idiomas entonces hablados, la historia de su vida y ministerio. Los sacerdotes, resueltos a explicar de alguna manera natural el poder milagroso de los discípulos, declararon que estaban borrachos, por haber bebido demasiado vino nuevo preparado para la fiesta. Algunos de los más ignorantes del pueblo presente aceptaron como cierta esta sugerencia, pero los más inteligentes sabían que era falsa; los que entendían las diferentes lenguas daban testimonio de la corrección con que estas lenguas eran usadas por los discípulos.



Desde entonces en adelante, el habla de los discípulos fue pura, sencilla y correcta, ya hablaran en su idioma nativo o en idioma extranjero.

En respuesta a la acusación de los sacerdotes, Pedro expuso que esta demostración era el cumplimiento directo de la profecía de Joel, en la cual predijo que tal poder vendría sobre los hombres con el fin de capacitarlos para una obra especial. “Varones judíos, y todos los que habitan en Jerusalén –dijo él–, esto les sea notorio, y oigan mis palabras. Porque éstos no están borrachos, como ustedes piensan, siendo la hora tercia del día; sino que esto es lo que fue dicho por el profeta Joel: Y será que en los postreros días, dice Dios, derramaré de mi Espíritu sobre toda carne, y vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán; y vuestros mancebos verán visiones, y vuestros viejos soñarán sueños; y de cierto sobre mis siervos y sobre mis siervas en aquellos días derramaré mi Espíritu, y profetizarán”.

Con claridad y poder, Pedro dio testimonio de la muerte y resurrección de Cristo: “Varones israelitas, oigan estas palabras: Jesús Nazareno, varón aprobado de Dios entre ustedes en maravillas y prodigios y señales, que Dios hizo por él en medio de ustedes, como también ustedes saben; a éste... prendieron

y mataron por manos de los inicuos, crucificándole; al cual Dios levantó, sueltos los dolores de la muerte, por cuanto era imposible ser detenido por ella”.

Pedro no se refirió a las enseñanzas de Cristo para probar su aserto, porque sabía que el prejuicio de sus oyentes era tan grande que sus palabras a ese respecto no surtirían efecto. En lugar de ello, les habló de David, a quien consideraban los judíos como uno de los patriarcas de su nación. “David dice de él –declaró–: Veía al Señor siempre delante de mí: porque está a mi diestra, no seré conmovido. Por lo cual mi corazón se alegró, y se gozó mi lengua; y aún mi carne descansará en esperanza; que no dejarás mi alma en el infierno, ni darás a tu Santo que vea corrupción...”

“Varones hermanos, les puedo libremente decir del patriarca David: que murió, y fue sepultado, y su sepulcro está con nosotros hasta el día de hoy... Habló de la resurrección de Cristo, que su alma no fue dejada en el infierno, ni su carne vio corrupción. A este Jesús resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos”.

La escena está llena de interés. El

pueblo acude de todas direcciones para oír a los discípulos testificar de la verdad como es en Jesús. Se agolpa, llena el templo. Los sacerdotes y gobernantes están allí, con el oscuro ceño de la malignidad todavía en el rostro, con el corazón aún lleno de odio contra Cristo, con las manos manchadas por la sangre derramada cuando crucificaron al Redentor del mundo. Ellos habían pensado encontrar a los apóstoles acobardados de temor bajo la fuerte mano de la opresión y el asesinato, pero los hallaron por encima de todo temor, llenos del Espíritu, proclamando con poder la divinidad de Jesús de Nazaret. Los oyeron declarar con intrepidez que Aquel que había sido recientemente humillado, escarnecido, herido por manos crueles, y crucificado, era el Príncipe de la vida, exaltado ahora a la diestra de Dios.

Algunos de los que escuchaban a los apóstoles habían tomado parte activa en la condenación y muerte de Cristo. Sus voces se habían mezclado con las del populacho en demanda de su crucifixión. Cuando Jesús y Barrabás fueron colocados delante de ellos en la sala del juicio, y Pilato preguntó: “¿Cuál quieren que les suelte?”, ellos habían gri-

Comprendieron con perfecta claridad el objeto de la misión de Cristo y la naturaleza de su reino. Podían hablar con poder del Salvador; y mientras exponían a sus oyentes el plan de la salvación, muchos quedaron convictos y convencidos.

tado: “No a éste, sino a Barrabás” (Mat. 27:17; Juan 18:40). Cuando Pilato les entregó a Cristo, diciendo: “Tómenlo ustedes, y crucifíquenlo, porque yo no hallo en él crimen... inocente soy de la sangre de este justo”, ellos habían gritado: “Su sangre sea sobre nosotros y sobre nuestros hijos” (Juan 19:6; Mat. 27:24, 25).

Ahora oían a los discípulos declarar que era el Hijo de Dios el que había sido crucificado. Los sacerdotes y gobernantes temblaban. La convicción y la angustia se apoderaron del pueblo. “Entonces oído esto, fueron compungidos de corazón, y dijeron a Pedro y a los otros apóstoles: Varones hermanos, ¿qué haremos?” Entre los que escuchaban a los discípulos había judíos devotos, que eran sinceros en su creencia. El poder que acompañaba a las palabras del orador los convenció de que Jesús era en verdad el Mesías.

“Y Pedro les dice: Arrepíentanse y bautícense cada uno de ustedes en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibirán el don del Espíritu Santo. Porque para ustedes es la promesa, y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos; para cuantos el Señor nuestro Dios llamare”.

Pedro insistió ante el convicto pueblo en el hecho de que habían rechazado a Cristo porque habían sido engañados por los sacerdotes y gobernantes; y en que si continuaban dependiendo del consejo de esos hombres y esperando que reconocieran a Cristo antes de reconocerlo ellos mismos, jamás le aceptarían. Esos hombres poderosos,

Las conversiones que se produjeron en el día de Pentecostés fueron el resultado de esa siembra, la cosecha de la obra de Cristo, que revelaba el poder de su enseñanza.

aunque hacían profesión de piedad, ambicionaban las glorias y riquezas terrenales. No estaban dispuestos a acudir a Cristo para recibir luz.

Bajo la influencia de esta iluminación celestial, las escrituras que Cristo había explicado a los discípulos resaltaron delante de ellos con el brillo de la verdad perfecta. El velo que les había impedido ver el fin de lo que había sido abolido, fue quitado ahora, y comprendieron con perfecta claridad el objeto de la misión de Cristo y la naturaleza de su reino. Podían hablar con poder del Salvador; y mientras exponían a sus oyentes el plan de la salvación, muchos quedaron convictos y convencidos. Las tradiciones y supersticiones inculcadas por los sacerdotes fueron barridas de sus mentes, y las enseñanzas del Salvador fueron aceptadas.

“Así que, los que recibieron su palabra, fueron bautizados; y fueron añadidas a ellos aquel día como tres mil personas”.

Los dirigentes judíos habían supuesto que la obra de Cristo terminaría con su muerte; pero en

vez de eso fueron testigos de las maravillosas escenas del día de Pentecostés. Oyeron a los discípulos predicar a Cristo, dotados de un poder y una energía hasta entonces desconocidos, y sus palabras confirmadas con señales y prodigios. En Jerusalén, la fortaleza del judaísmo, miles declararon abiertamente su fe en Jesús de Nazaret como el Mesías.

Los discípulos se asombraban y se regocijaban en gran manera por la amplitud de la cosecha de almas. No consideraban esta maravillosa mies como el resultado de sus propios esfuerzos; comprendían que estaban entrando en las labores de otros hombres. Desde la caída de Adán, Cristo había estado confiando a sus siervos escogidos la semilla de su palabra, para que fuese sembrada en los corazones humanos. Durante su vida en la tierra había sembrado la semilla de la verdad, y la había regado con su sangre. Las conversiones que se produjeron en el día de Pentecostés fueron el resultado de esa siembra, la cosecha de la obra de Cristo, que revelaba el poder de su enseñanza.

Los argumentos de los apóstoles por sí solos, aunque claros y convincentes, no habrían eliminado el prejuicio que había resistido tanta evidencia. Pero el Espíritu Santo hizo penetrar los argumentos en los corazones con poder divino. Las palabras de los apóstoles eran como saetas agudas del Todopoderoso que convencían a los hombres de su terrible culpa por haber rechazado y crucificado al Señor de gloria. 🔥